

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

7, 14, 21, 28 de abril de 2024

MD 2024 / 06

PARA QUE TENGÁIS VIDA EN SU NOMBRE

Estas son las palabras que leemos al final del capítulo 20 del evangelio de san Juan, recordando que los hechos descritos por él no son la totalidad de lo que Jesús enseñó e hizo, sino que son una selección para que los lectores puedan creen en Jesús y, en él, puedan tener vida.

Si hay una palabra que puede resumir todo el significado y consecuencia de la Pascua, esta es «vida». La resurrección de Cristo es el hecho más sorprendente, importante y trascendente de toda la humanidad. De su victoria, todos saldremos victoriosos; de su vida nueva, todos participaremos. El Catecismo señala que cuando por fin Cristo es glorificado, puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en él, y el Espíritu los une a Cristo y los hace vivir en Él (cf. CCE 690).

La liturgia nos invita a celebrar esta vida nueva de un modo especial durante el Tiempo Pascual. En las Normas Generales del Año Litúrgico y del Calendario Universal leemos, en el número 22, que los cincuenta días a partir del Domingo de Resurrección hasta el de Pentecostés se celebran con alegría y exaltación, como si se tratara de un solo día de fiesta, o mejor, de un «gran domingo». Es decir, el misterio pascual se celebra como un todo (muerte, resurrección, ascensión, Pentecostés). Y la victoria del Cristo resucitado y el don del Espíritu movió a los creyentes a poder vivir de una nueva manera: con sencillez y alegría, como hermanos, poniendo en común sus bienes y reuniéndose para partir el pan y para la oración (cf. Hch 4,32). Ojalá abramos nuestros corazones al don de Dios, y esta cincuentena pascual nos ayude a reconocer al Cristo resucitado y vivir con la sencillez y alegría de los primeros creyentes.

CARLES CAHUANA

Domingo 2 de Pascua / B
Domingo 3 de Pascua / B
Domingo 4 de Pascua / B
Domingo 5 de Pascua / B



LAS LAUS APIS DEL PREGÓN PASCUAL Y LA LAUDATO SI' DEL PAPA FRANCISCO

En el Pregón Pascual, o la llamada *Laus cerei* (alabanza al cirio), hay unos versículos que se llaman *laus apis*, es decir, «elogio a las abejas». En nuestro Pregón hay esta pequeña referencia, que dice:

En esta noche de gracia
acepta, Padre santo,
este sacrificio vespertino de alabanza
que la santa Iglesia te ofrece
por medio de sus ministros
en la solemne ofrenda de este cirio,
hecho con cera de abejas.

Seguramente, esta breve referencia pasa desapercibida debido a la densidad teológica y a la belleza poética de esta plegaria eucológica mayor de la Vigilia Pascual. Ahora bien, nuestra atención hoy se dirige a los versículos dedicados a la *laus apis*, que canta la admiración del origen de la sustancia del cirio, que es de cera de abejas. Realmente, la alabanza a las abejas en nuestro Pregón es muy breve, si la comparamos con las otras *Laus cerei*, como la del Sacramentario Gelasiano Vetus (siglo VIII), donde esta *laus apis* pasa de seis versos. O la primera de Ennodio, obispo de Pavia († 521), con once descripciones. Y aún más una bendición galicana del cirio –adoptada después en la liturgia romana– que presenta tres grandes secciones dentro del elo-

gio a las abejas. Una para describir las grandes cantidades de las abejas con estos términos:

La abeja es muy pequeña [...] pero su pecho está lleno de una gran energía; es débil si miramos sus fuerzas, pero es fuerte si miramos su ingenio.

Y prosigue en un segundo apartado describiendo su actividad:

La abeja conoce el curso de las estaciones y después de las heladas de invierno que han cubierto de blanco la tierra y que los vientos primaverales han secado los viejos glaciares, es cuando todo germina que aparece y van de cara al trabajo [...]. Cargadas de polen, regresan a la colmena, construyen sus celdas, una las llenan de líquida miel, otras se transforman en flores de cera...

Para terminar en una tercera sección alabando su castidad como *apis mater*, comparándola con la virginidad de la Virgen María:

A la abeja no la debilita el hecho de dar a luz ni la prole agota su castidad. De igual modo concibió santa María virgen, que virginalmente dio a luz y fue siempre virgen.

De hecho, estos versos o elogios a las abejas aparecen en el siglo IV en el norte de Italia, y lo sabemos por una carta que san Jerónimo envió a un diácono

llamado Praesidius de Reggio Aemilia. San Jerónimo le indica que no se entretenga con ideas o imágenes que se alejen de la Vigilia Pascual, como la de la *laus apís*, sobre todo porque ve demasiado profano el uso de imágenes inspiradas en el libro IV de las Georgias de Virgilio.

Ahora bien, todas estas imágenes y mensajes extraídos

de la vida de las abejas quieren dar relieve al anuncio de la Pascua con un carácter muy solemne, sea por el mismo texto del *Exsultet* –primeras palabras con las que empieza esta pieza mayor de la oración de la oración de la liturgia de la Iglesia–, sea por las ceremonias que preparan este anuncio: la bendición del nuevo fuego, encender el cirio pascual y su presentación –muchas veces con la incisión de los granos de incienso– cantando tres veces *La luz de Cristo*, hasta llegar al gran anuncio de la Pascua de Nuestro Señor Jesucristo, que es el *Exsultet*.

Y aún más, si tenemos presente lo que el papa Francisco ha escrito en su carta encíclica *Laudato si'* (Alabado seas) –título inspirado en el *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Asís– y que trata sobre la naturaleza y la creación. Es la primera encíclica dedicada a la ecología. Lleva el subtítulo «El cuidado de la casa común».

Esta carta, de seis capítulos, dedica el capítulo segundo a la enseñanza que podemos aprender de las criaturas, por pequeñas que sean, como las abejas.



Este capítulo lleva por título *El evangelio de la creación* (núms. 62-100) y afirma que «cada criatura tiene una función y ninguna es superflua» (núm. 84). Y más adelante afirma:

Dios ha escrito un libro precioso, «cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo» [...]. Nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir (núm. 85).

Y en el sexto apartado del último capítulo (núms. 233-237) termina recordando que:

«Los sacramentos son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural. A través del culto somos invitados a abrazar el mundo en un nivel distinto. El agua, el aceite, el fuego y los colores son asumidos con toda su fuerza simbólica y se incorporan en la alabanza».

Aquí podríamos añadir también las abejas con la *laus apís*.

Y como escribe san Agustín: «Os exhortamos a alabar a Dios, y esto es lo que decimos todos cuando decimos "Aleluya: Alabad al Señor"».

JORDI FONT

REFLEXIONES DEL SÍNODO SOBRE LA EUCARISTÍA Y LA LITURGIA

Del informe de síntesis «Una Iglesia sinodal y en misión»

Parte I: «El rostro de la Iglesia sinodal»

3. Entrar en una comunidad de fe: la iniciación cristiana

Convergencias

- e) La celebración de la Eucaristía, sobre todo la dominical, es la primera y fundamental forma que el santo Pueblo de Dios tiene para reunirse y encontrarse, donde esta no es posible, la comunidad, sin dejar de desearla, se reúne en torno a la celebración de la Palabra.

En la Eucaristía celebramos un misterio de gracia del que no somos los creadores; llamándonos a participar en su Cuerpo y en Sangre, el Señor nos hace un solo cuerpo entre nosotros y con Él. A partir de la utilización que hace Pablo de la palabra *koinonia* (cf. 1Cor 10,16-17), la tradición cristiana ha reservado la palabra «comunidad» para indicar,

a un tiempo, la plena participación en la Eucaristía y la naturaleza de la relación entre los fieles y entre las Iglesias. Al tiempo que se abre a la contemplación de la vida divina, hasta las insondables profundidades del misterio trinitario, la expresión «comunidad» nos lleva también a la cotidianidad de nuestras relaciones: en los gestos más sencillos con

los que nos abrimos el uno al otro circula realmente el soplo del Espíritu. Por eso, la comunión celebrada en la Eucaristía y que de ella se deriva configura y orienta los caminos de la sinodalidad.

- f) Desde la Eucaristía aprendemos a articular unidad y diversidad: unidad de la Iglesia y multiplicidad de las comunidades cristianas;



DIOS ES AMOR, DIOS NOS PERDONA

El sacramento del perdón, o de la reconciliación o penitencia, es uno de los siete sacramentos. Cristo resucitado otorgó a sus apóstoles el poder de perdonar pecados: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23). Este sacramento tiene como objetivo principal la reconciliación del penitente con Dios y con la comunidad cristiana. Las partes del sacramento del perdón son:

- Arrepentimiento: La persona debe reflexionar sobre sus acciones, reconocer la gravedad de sus faltas y tener un sincero deseo de cambiar su comportamiento.
- Confesión: El penitente se acerca a un sacerdote en el confesionario o en un lugar apropiado para la confesión. Allí, confiesa sus pecados al sacerdote de manera honesta y completa. La confesión es un acto de humildad y honestidad, expresando a Dios la necesidad de perdón.
- Contrición y propósito de enmienda: Junto con la confesión, el penitente debe tener un corazón contrito, es decir, un verdadero pesar por sus pecados. También debe tener la intención de enmendar su vida y esforzarse por evitar el pecado en el futuro.
- Absolución: Después de escuchar la confesión, el sacerdote, en nombre de Dios y de la comunidad cristiana, perdona los pecados del penitente.
- Penitencia: La penitencia es una acción o tarea que el individuo debe realizar como expresión de su deseo de reparar el daño causado por el pecado y de su compromiso de crecimiento espiritual.

Dios es amor y nos invita a vivir en Él

Entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes

se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido». (Lc 19,1-10)

Hoy reconozco mi pecado y me acerco al Dios de misericordia

Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica.
Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón, y así infundes temor.
Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora.
Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos. (Sl 129)

Examen de conciencia

1 «No tendrás otros dioses frente a mí» (Dt 5,7). «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente» (Mt 22,37). ¿Quiero así al Señor? ¿Le doy el primer lugar en mi vida? ¿Me esfuerzo por rehusar todo ídolo que pueda interponerse entre mí y Él, ya sea el dinero, el placer, la superstición o el poder? ¿Escucho con fe su Palabra? ¿Soy perseverante en la oración?

2 «No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso» (Dt 5,11). ¿Respeto el nombre santo de Dios? ¿Abuso de la referencia a su nombre, ofendiéndolo o sirviéndome de Él en vez de servirle? ¿Bendigo Dios en todo lo que llevo a cabo? ¿Me pongo sin reservas a su voluntad, abandonándome en sus manos? ¿Me confío con humildad, y con actitud positiva, a la enseñanza y a la guía de los pastores que el Señor ha dado a su Iglesia? ¿Hago todo lo posible para profundizar y alimentar mi vida de fe?

3 «Observa el día del sábado, para santificarlo» (Dt 5,12-15). ¿Vivo la centralidad del domingo, empezando por la importancia que debo dar a la Eucaristía, y los otros días santos, para dedicarlos a la alabanza y acción de gracias al Señor, y para poner mi vida en sus manos y reposar en Él? ¿Participo con fide-

dad y disponibilidad en la liturgia, preparándome con la plegaria y esforzándome para dar fruto durante toda la semana? ¿Suelo a llegar tarde a misa? ¿Asisto como un mero cumplimiento? ¿Santifico el día de fiesta con algún gesto de amor hacia quien tiene necesidad? ¿Quizás lo vivo como pura evasión?

4 «**Honra a tu padre y a tu madre**» (Dt 5,16). ¿Amo y respeto a quienes me han dado la vida? ¿Me esfuerzo para comprenderlos y ayudarlos, sobre todo en su debilidad y en sus límites? ¿Si mis padres han muerto, rezo por ellos y les ofrezco los sufragios de la Iglesia? ¿Respeto y quiero la paternidad espiritual de los sacerdotes?, ¿o los trato como si fueran unos «funcionarios del sagrado»?

5 «**No matarás**» (Dt 5,17). ¿Me esfuerzo para respetar y promover la vida en todas sus fases y en todos sus aspectos? ¿Hago todo lo que puedo por el bien de los otros? ¿He hecho el mal a alguien con explícita intención de hacerlo? «**Amarás a tu prójimo como a ti mismo**» (Mt 22,39). ¿Cómo vivo la caridad hacia mi prójimo? ¿Estoy atento y disponible, sobre todo hacia los más necesitados y los más débiles? ¿Me quiero a mí mismo sabiendo aceptar mis límites bajo la mirada de Dios?

6 «**No cometerás adulterio**» (Dt 5,18). ¿Soy casto en mis pensamientos y en mis acciones? ¿Me esfuerzo para querer con gratuidad, libre de la tentación de la posesión y los celos? ¿Respeto siempre y en todo la dignidad de la persona humana? ¿Trato mi cuerpo y el de los demás como templo del Espíritu Santo?

7 «**No robarás**» (Dt 5,19). «**No codiciarás nada que sea de tu prójimo**» (Dt 5,21). ¿Respeto los bienes del mundo creado? ¿Soy honesto en el trabajo y en mis relaciones con los otros? ¿Respeto el fruto del trabajo de los otros? ¿Soy envidioso del bien de los otros? ¿Me esfuerzo para hacer felices a los demás o solo pienso en mi felicidad?

8 «**No darás testimonio falso**» (Dt 5,20). ¿Soy sincero y leal en todas mis palabras y acciones? ¿Testimonio siempre y solamente la verdad? ¿Busco dar confianza y actúo consecuentemente para merecerla?

9 ¿Me esfuerzo para seguir Jesús en el darme a mí mismo a Dios y a los otros? ¿Busco ser como Él, humilde, pobre y casto?

10 ¿Voy fiel y dichosamente al encuentro del Señor en los sacramentos, en la comunión fraterna y en el servicio a los más pobres? ¿Vivo la esperanza en la vida eterna, teniendo en cuenta cada cosa a la luz de Dios, que viene a nosotros y confiando siempre en sus promesas?

Dios nos concede su perdón

Podemos implorar la misericordia de Dios con la oración:

Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión.

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Luego prosiguen: Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Nos acercamos al sacerdote y le expresamos nuestro arrepentimiento con una oración como esta:

Jesús, Hijo de Dios, apiádate de mí, que soy un pecador.

Después expresamos al sacerdote aquello de lo que queremos pedir perdón a Dios. Esto es la confesión. Y, a continuación, el sacerdote te impondrá las manos diciendo:

Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo

Respondemos: Amén.

El sacerdote te propondrá de recitar una plegaria o una obra de caridad a realizar. Aceptándola manifestamos nuestra disponibilidad de mejorar nuestra vida y el agradecimiento a Dios por el perdón recibido.

Damos gracias a Dios por el perdón recibido

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, —como lo había prometido a nuestros padres— en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. (Lc 1,46-55)

unidad del misterio sacramental y variedad de las tradiciones litúrgicas; unidad de la celebración y diversidad de las vocaciones, de los carismas y de los ministerios. Nada muestra mejor que la Eucaristía que la armonía creada por el Espíritu no es uniformidad y que todo don eclesial está destinado a la edificación común.

Propuestas

- k) Si la Eucaristía da forma a la sinodalidad, el primer paso que hay que dar es honrar su gracia con un estilo celebrativo a la altura del don y con auténtica fraternidad. La liturgia celebrada con autenticidad es la primera y fundamental escuela de discipulado y de fraternidad. Antes de cualquier iniciativa de formación, debemos dejar formarnos por su potente belleza y por la noble simplicidad de sus gestos.
- l) Un segundo paso se refiere a la exigencia, mayoritariamente señalada, de hacer más accesible a los fieles el lenguaje litúrgico y más encarnado en las diferentes cultu-

ras. Sin poner en cuestión la continuidad con la tradición, y la necesidad de la formación litúrgica, se solicita una reflexión sobre este tema y dar atribuciones de mayor responsabilidad a las Conferencias episcopales, en la línea del Motu proprio *Magnum principium*.

- m) Un tercer paso consiste en el empeño pastoral de valorar todas las formas de oración comunitaria, sin limitarse a la celebración de la misa. Otras expresiones de la oración litúrgica, como también las prácticas de la piedad popular, en las que se refleja el genio de las culturas locales, son elementos de gran importancia para favorecer la implicación de todos los fieles, para introducir gradualmente en el misterio cristiano y para acercar el encuentro con el Señor a quien tiene menos familiaridad con la Iglesia. Entre las formas de la piedad popular sobresale la devoción mariana por su capacidad de sostener y de nutrir la fe de muchos.

*Recopilación elaborada
por Xavier Aymerich*



Les recordamos también que disponemos de hojas verdes con las sugerencias de los cantos para los tiempos fuertes para facilitar su uso. Pueden encontrar los de Pascua en la hoja verde Cantos para las misas dominicales del Tiempo de Pascua (Año cristiano 54) y la pueden descargar gratuitamente en la página web pastoralliturgica.cpl.es, en el apartado «Tiempos litúrgicos», o escaneando el código QR.

LA LUZ DE CRISTO, QUE RESUCITA GLORIOSO, DISIPE LAS TINIEBLAS DEL CORAZÓN Y DEL ESPÍRITU.

Uno de los símbolos litúrgicos más significativos del tiempo pascual es justamente el cirio pascual. Es en la noche de la Vigilia Pascual, concretamente en el rito del «lucernario», donde se muestra significativamente como la expresión más plena del acontecimiento central de nuestra historia: la resurrección de Jesucristo, que ha iluminado las tinieblas de la humanidad marcada por el pecado. El cirio de la Pascua es entonces como la columna de fuego que ilumina el peregrinaje del Pueblo de Dios (cf. Ex 13,21). Es el signo de Cristo, nuestra luz, y la luz del mundo.

Dentro del rito de bendición del cirio pascual encontramos la bendición del fuego nuevo que se utiliza para encender el cirio pascual y que simboliza la luz de Cristo que ilumina las tinieblas. También la inscripción de la cruz, las letras alfa y omega, y el año, que se acompañan de las palabras: «Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos», y que representan a Cristo como principio y fin.

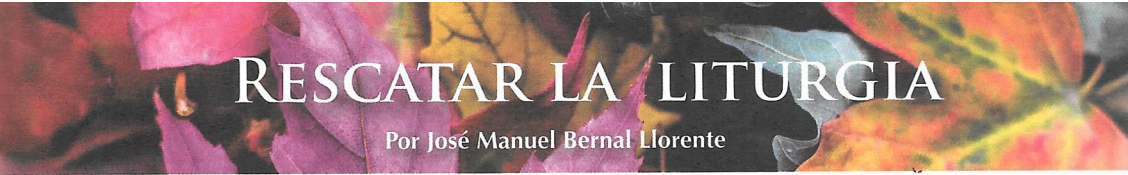
Después, el camino a la nave de la iglesia, iluminados por la luz de Cristo que resplandece en el cirio pascual en-

cendido, y que se proclama con la fórmula: «*Lumen Christi*» (Luz de Cristo), a lo que la congregación responde con «*Deo gratias*» (Demos gracias a Dios).

Y finalmente el *Exsultet*, el canto de gozo de la Pascua que proclama la luz de Cristo: «[...] Esta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado. [...] Sabemos ya lo que anuncia esta columna de fuego, ardiendo en llama viva para gloria de Dios. Y aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla. Porque se alimenta de esta cera fundida, que elaboró la abeja fecunda para hacer esta lámpara preciosa. ¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino! Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo: ese lucero que no conoce ocaso, y es Cristo, tu Hijo resucitado, que, al salir del sepulcro, brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina por los siglos de los siglos».

En resumen, el cirio pascual es un símbolo central en la liturgia pascual cristiana, representando la luz de Cristo que vence la oscuridad del pecado y la muerte.

DAVID ÁLVAREZ,
Rector de María Auxiliadora y Sagrada Familia de Mataró



RESCATAR LA LITURGIA

Por José Manuel Bernal Llorente

La liturgia expresa la fe de la Iglesia (II)

De un modo especial, es en la plegaria de acción de gracias, en la anáfora, donde expresamos nuestra fe. Por eso, la anáfora, además de acción de gracias y alabanza, es proclamación de nuestra fe [*praedicatio fidei*], confesión doxológica y agradecida de nuestra fe, anámnesis y memorial de los acontecimientos pascales y celebración de los mismos. La plegaria eucarística es el elemento central de la Eucaristía, su elemento máspreciado y venerable. Todas las Iglesias de Oriente y Occidente han conservado con especial esmero y con respeto estas plegarias; ellas constituyen lo más importante de su tesoro, de su herencia sagrada. Roma ha conservado hasta hoy el canon de la misa; lo ha conservado intacto, en su pureza original; redactado seguramente en el siglo IV, constituye la joya más preciada del patrimonio litúrgico romano.

La Iglesia, toda la Iglesia, la de Oriente y Occidente, conserva todo este patrimonio oracional, eucológico –dicho con palabras finas–, como un verdadero tesoro. Este tesoro recoge, plasmado en textos de oración y de alabanza, la forma más sublime de expresar la fe. No es producto de una sola mano, de una sola mente inspirada; el patrimonio litúrgico expresa el modo cómo la Iglesia,

las Iglesias, a lo largo de los siglos, han sentido y han vivido la fe, su fidelidad a Jesucristo, su fidelidad al Evangelio.

A la luz de estas consideraciones uno se pregunta cómo pueden ahorrar nuestros responsables y pastores, hacer caso omiso del valor imponderable de los textos de oración que hemos heredado, que pertenecen al patrimonio secular de nuestras Iglesias y que garantizan la legítima expresión de nuestra fe. Cómo pueden atreverse –sigo preguntándome– a sustituir esos textos venerables por otros de propia cosecha, confeccionados seguramente con un alto celo pastoral, pero también con extrema osadía. Cómo podrá asegurarse de que esas plegarias, fruto de una creatividad a ultranza, son expresión de la fe de la Iglesia, de toda la Iglesia; con qué aval y con qué garantía cuentan; con qué respaldo comunitario y eclesial se sostienen; qué proceso de maduración, de sedimentación y de asentamiento han experimentado estos textos de oración hasta cuajar en verdaderas formas consolidadas para expresar la fe de toda la Iglesia. Son preguntas que esperan una respuesta.

